Una España invertebrada: congestión, tedio y masificación

La vivienda es fundamental para las personas a la hora de desarrollar su proyecto vital. Pero no se puede entender la vivienda de manera aislada, sin comprender que la vertebración del territorio y el modelo territorial hacen posible o imposible que la vivienda sirva a su fin, que no es otro que el arraigo, la vinculación de uno con el territorio, que da lugar a familias libres y numerosas, agregadas en comunidades naturales. No es posible, por tanto, hablar de vivienda sin hablar de vertebración territorial. Al igual que no es posible hablar de vivienda sin hablar de inmigración, o de natalidad sin hablar de vivienda.

Crear municipios, fortalecer comarcas, revitalizar las regiones. Esto se hacía. En 1939 se creó el Instituto Nacional de Colonización, que impulsó la creación de más de 300 nuevos pueblos en España, con viviendas, terrenos agrícolas y equipamientos, pero también con servicios: escuelas, dispensarios médicos e iglesias, en los que transcurría la vida en común. Comunidades en torno a parroquias que anhelaban una vida mejor. Luego llegó el Plan Badajoz de 1952, que combinaba obras hidráulicas, regadíos, colonización agrícola, comunicaciones, electrificación e industrialización. El desarrollo territorial no se concebía únicamente como una política de construcción de viviendas. En 1964 se impulsaron polos de promoción y desarrollo industrial mediante incentivos a la inversión y subvenciones. Burgos, Huelva, Valladolid, Vigo, A Coruña, Zaragoza, Sevilla... se desarrollaron, aunque esa política no tuvo continuidad.

Aun así, esa política no fue perfecta, ya que España seguía bastante centralizada, por lo que esa expansión regional en torno a la industria concentró a la población en determinados núcleos urbanos. Se pasó de la España de los pueblos de menos de mil habitantes a la de las ciudades de más de cien mil. Además, no repercutió en una descentralización efectiva del aparato gubernamental ni de las universidades, y las infraestructuras priorizaron las conexiones con Madrid. Las universidades más prestigiosas de España estaban en Madrid y Barcelona, aunque hoy también destacan las de Valencia y Granada; a muchas de ellas siguen yendo sistemáticamente alumnos de otras partes de España, donde luego encuentran trabajo y acaban abandonando su tierra. Tampoco los ministerios: un aparato administrativo burocrático que podría haberse descentralizado, situando, por ejemplo, el Ministerio de Agricultura en Soria o el de Hacienda en Badajoz, se centralizó en Madrid.

La España de las autonomías amplificó el problema. Creó 17 semiestados, una burocracia duplicada y profundamente centralizada. Con las políticas actuales encontramos una densidad de población descomunal en Madrid y Barcelona: 886 habitantes por km² y 771, respectivamente, mientras que en Soria encontramos 8,7; en Teruel, 9,2; o en Cuenca, 11,7. Es decir, las comunidades autónomas, si bien podrían llegar a tener sentido bajo el modelo foral navarro en regiones históricamente diferenciadas, solo han duplicado la burocracia del Estado. Que la ordenación del territorio, el urbanismo y la vivienda fueran competencias autonómicas bajo el artículo 148.1.3.ª de la Constitución Española suponía que debía contribuir a evitar el éxodo rural, esa España despoblada e hiperconcentrada en dos núcleos principales de población.

El modelo actual ha significado todo lo contrario: la concentración en las ciudades se acrecienta, lo que implica que, por oferta y demanda, los precios sean cada vez mayores y la vivienda, inaccesible. Los datos lo demuestran. El 40 % de los españoles vive en apenas 68 municipios, todos de más de 100.000 habitantes. Mientras, hay otra España, la España vaciada: el 61 % de los municipios tiene menos de mil habitantes y solo concentra el 3 % de la población. Existe vivienda construida, sí, en muchos casos derruida, pero en otros todavía sigue en pie. Se estiman 3,8 millones de viviendas vacías, el 45 % en municipios de menos de 10.000 habitantes. Nuestros mayores están solos en una España que se apaga. Pueblos tristes, donde un tercio de las viviendas están vacías.

Ahora hay quien dice: nos ponemos a construir vivienda a mansalva y problema solucionado. Pero ¿quién querría vivir, en su sano juicio, en donde no hay empresas, no hay posibilidad de iniciarlas, no hay una fiscalidad diferenciada que incentive moverse, no hay teletrabajo posible por una cultura de oficina importada, no hay servicios públicos cercanos ni comunicaciones? En definitiva, nuestro modelo actual imposibilita la creación de comunidades. Sin comunidades no puede haber una vinculación efectiva con el territorio. Sin vertebración no hay vida en común. No hay anhelos compartidos ni costumbres propias. No hay desarrollo posible, tampoco familias con hijos.

Tenemos la obligación de repensar nuestro modelo territorial. Hay que vertebrar, pero hay que vertebrar bien. Hay que reindustrializar, revitalizar las cabeceras de comarca, las ciudades pequeñas y medianas. Hay que recuperar servicios, infraestructuras, comunicaciones, empleo y oportunidades de ocio. Hay que crear incentivos para que los jóvenes permanezcan en sus lugares de origen. Hay que fomentar el teletrabajo siempre que sea posible, pero con una vida en comunidad que lo haga deseable. Hay que fomentar una fiscalidad diferenciada, justicia distributiva básica, para que se instalen empresas y se generen empleo y riqueza. Y todo ello debe hacerse con prioridad nacional y habiendo iniciado un proceso de remigración. Porque lo que sería un error es vertebrar España sin españoles, con campamentos permanentes dominados por aquellos que no sienten España como propia.

Esto tiene dos fines: el primero, el más claro, reducir la concentración de la demanda residencial y la presión sobre los precios de la vivienda en las grandes ciudades. El segundo, fomentar un modelo de país más sostenible, porque estamos llegando a la tragedia de los comunes de la que hablaba Garrett Hardin. El modelo autonómico de España es un federalismo fallido. En España, el 53,5 % de la población se concentra en ciudades densamente pobladas, mientras que en Alemania el 38,6 % y en Suiza el 33 %. No son las únicas: Austria, un 33,5 %; Italia, un 32,1 %; y la República Checa, un 30,9 %. Además, las ciudades pequeñas, medianas y áreas suburbanas concentran solo el 32,7 % en España; en Alemania, el 43,2 %, y en Suiza, el 51,6 %. Esto repercute en la fecundidad. Las tasas de fecundidad de las mujeres españolas están por debajo de las alemanas y suizas, y no es porque sean moralmente más conservadoras, sino porque tienen un modelo territorial más prudente y concebido a largo plazo.

Un modelo adecuado para España sería el de familias grandes con vivienda en propiedad, símbolo de libertad e independencia. Y para que ello se dé, las ciudades deben tener entre 20.000 y 50.000 habitantes: municipios medianos, comunidades entre lo rural y lo urbano, un modelo descentralizado. Las ventajas son muchas: menores precios en todo por descongestión de la demanda, esencialmente en la vivienda, que pasaría a ser asequible, siempre que se ataje la demanda extranjera, el mayor problema que hay. Servicios más cercanos, una vida mucho más relajada, sin atascos ni horas diarias en el transporte público. Menor tedio, congestión y sensación de rapidez, como indicaba Wilhelm Röpke. Menor dependencia de que algo falle, lo que permite que crezca lo común, lo compartido, se fortalezcan unos lazos comunitarios que estamos perdiendo aquí, lo que llevaría a una menor inseguridad y delincuencia. Los lazos familiares se fortalecerían por la cercanía entre sus miembros. La familia es la red de apoyo más cercana: abuelos que se puedan quedar con los nietos. En general, condiciones favorables para que una pareja de entre 22 y 28 años pueda independizarse sin tener que estar todo el día pensando en si puede pagar el alquiler, ya que descarta toda adquisición; cómo va a hacer para llevar a la guardería a sus hijos, o pagarla cuando no hay plazas porque van primero los de fuera; o qué hacer ante la imposibilidad de conciliar horarios para cuidar de ellos o llevarlos a la escuela sin tener que hacer malabares diarios, ya que ningún joven puede vivir cerca de sus padres, que han acabado en una residencia.

Por todo ello, la clave es una España vertebrada, en la que los grandes núcleos como Madrid y Barcelona, pero también otros polos como Valencia o Bilbao, no depreden más los recursos y aspiraciones de las regiones y podamos repoblar las Castillas, Aragón, Extremadura o Galicia. Una España vertebrada que piense en el largo plazo.